

## Crítica a la teoría extemporánea de Neumann

Ciro Hernández – Universidad Miguel Hernández– cirohdzrdgz@gmail.com

**Resumen:** El éxito de la teoría de ‘el miedo al aislamiento’ de Neuman para explicar las dinámicas de la opinión pública no acaba de corresponderse con la calidad y la eficacia explicativa de esta teoría. El aval empírico con el que se nos presenta adolece de cierta inconsistencia porque se ve obligada a ignorar determinadas evidencias muy bien explicitadas por la teoría rival de ‘la crítica racional al poder político’ postulada por Habermas y por otros autores a los que nosotros nos sumamos desde la presente crítica. En ella ponemos en cuestión los mismos fundamentos de la ‘espiral del silencio’.

**Palabras clave:** opinión pública, racionalidad, masa, público,

### 1. Introducción

Al reparar en la historia de la opinión pública como institución que termina de cuajar en la sociedad moderna tras el proceso ilustrado (Habermas, 2002, *passim*) es fácil comprender que la racionalidad tiene que jugar un papel determinante en la aparición de la Opinión Pública. Esto es así porque la principal característica que le atribuyó Imanuel Kant en el periódico *Berlinische Monatschrift* en diciembre de 1784 en el que daba respuesta a la pregunta *Was ist Aufklärung?* — ¿Qué es la ilustración?— fue precisamente la de la importancia que debería tener la racionalidad en la conformación de las instituciones de la modernidad. Por eso la insistencia de Neumann al negar cualquier racionalidad a la Opinión Pública no deja de resultar desconcertante. Todo el progreso social desde entonces, sólidamente apoyado en los avances científicos y tecnológicos, no ha hecho otra cosa que contribuir a la extensión de la racionalidad desde la ilustración hasta nuestros días. La racionalización de las instituciones es a todas luces un proceso inacabado, pero es un proceso en progreso que se ha enfrentado y se enfrentará a duras pruebas en la misma medida en la que se vaya consumando. Experimentará avances y retrocesos, pero en líneas generales avanzará como lo ha venido haciendo hasta ahora.

Lo cierto es que negar como fundamento de la Opinión Pública a la racionalidad tiene por fuerza que resultar extemporáneo. Sin duda que la Opinión Pública, como una más de las instituciones modernas, no siempre es racional y en ocasiones ha sido irracional en la reciente historia humana. Pero de ahí cuestionar la racionalidad como fundamento necesario y práctico de la

Opinión Pública hay una gran distancia que trataremos de medir a lo largo de la discusión que realizaremos en lo sucesivo.

### **Antecedentes y discusión**

Así, en una cierta cronología de la opinión pública el caso de Neumann se llegará a convertir en algo extremo y extemporáneo por su necesidad de demostrar que el mecanismo de *la espiral del silencio* es una pulsión la cual forma parte del sistema primario de nuestros instintos. La idea de que se trata de un rasgo constitutivamente humano formando parte de nuestra 'naturaleza' la empuja en direcciones aparentemente contrarias. Por un lado ella se ve obligada a ampliar la composición del público de la opinión a todo el pueblo confirmando el supuesto de la progresiva imbricación de la masa y el público (Hernández, 2012, nº179). Por otro lado se ve obligada a negar cualquier posible racionalidad en la opinión para poder sostener que el origen de la opinión es piscosociológico, instintivo y emocional, que es irracional.

Lo que intenta Noelle Neumann con sus referencias a estudios etológicos (Neumann, 1995, pp. 257-225) y sus citas antropológicas es determinar la existencia de un procedimiento para la resolución de conflictos interpersonales en el seno de una comunidad con la intención de sentar el principio del miedo al aislamiento como la causa exclusiva del fenómeno de la espiral del silencio de una manera mecánicamente determinada por la ignota 'naturaleza social' en la especie humana. Tal mecanismo requeriría, además, de la existencia de un sentido cuasiestadístico del que estaríamos dotados para poder estimar el clima de opinión y saber así qué opiniones ganan terreno y cuales lo están perdiendo. (Neumann, 1995, pp. 274,275).

El debate *racional* de las controversias queda de esta manera fuera de su empeño por confirmar su concepción inmanente del efecto de la opinión mayoritaria sobre la minoritaria.

Para avalar su tesis Neumann recurre a la cita del sinfín de autores que desde sus orígenes ven a la opinión como a una amenazante, peligrosa e irracional manifestación contraria al orden y a la jerarquía social. A modo de ejemplo, en su trabajo incluye una viñeta aparecida en Inglaterra ya en 1641, ocho años antes de la decapitación de Carlos I en el curso de las revoluciones de Cronwell. En esta viñeta se satiriza a la opinión pública representándola en la forma de un extraño árbol al que inquiere un desconcertado joven noble de la época. Lo más revelador de la anécdota que refiere Neumann es su propia conclusión al final del párrafo:

¿Y por qué es un «tonto necio» el que riega algo tan importante como la opinión pública? Porque el necio es el que le da vida verdadera. Nos toca a nosotros imaginar el aspecto de los necios que «riegan» la opinión pública en la actualidad. (op. cit. p. 249)

Aparte de la cita de Toqueville (op. cit. pp. 123,124) sobre la que volveremos, además le parece encontrar en Gersdoff un sólido aval para su hipótesis:

La opinión pública, tal y como yo la veo debe existir siempre en la vida intelectual [...] mientras las personas tengan una vida social [...] no puede, pues, dejar de existir, faltar ni quedar destruida, está en todas partes y siempre[...] (op. cit. p. 253)

De él sostiene Neumann que «[...] afirma también explícitamente que los procesos de formación de opinión no proceden apenas de consideraciones racionales, sino que son más de bien de origen psicoantropológico» (*ibidem*).

Para completar la argumentación repasa en sus citas a los creadores de la prejuiciosa psicología social originaria, desde Le Bon a Oswald Spengler, para concluir con una sentencia en la que amenaza a cualquiera con la misma maldición que cayó sobre Robert Ezra Park por atribuir racionalidad a la opinión pública (op. cit. p. 282)

### **El concepto de masa en Neumann**

Esto significa que Neumann desarrolla una cierta perspectiva respecto de las masas claramente orientada a avalar su hipótesis psicosociológica a partir del miedo al aislamiento. Neumann empieza por exponer algo sobradamente documentado:

En los siglos XIX y XX ha habido una inundación de ensayos y libros sobre la psicología de las masas en torno a esta sorprendente manifestación de la naturaleza humana. Desgraciadamente, esta literatura, de hecho, puede haber dificultado más que hecho avanzar la comprensión de los procesos de opinión pública. En el siglo XX se percibió al menos una difusa relación entre los disturbios de masas y la opinión pública, cuando no se los identificó[...] Esa concepción desdibujó, sin embargo, los elementos característicos del fenómeno psicosociológico de la opinión pública que habían sido delimitados tan claramente por los escritores de los siglos XVII y XVIII (Neumann, 1995, p. 146)

Según piensa, fueron los cuestionables enfoques sobre la psicología de masas los que desviaron la atención desde los elementos que caracterizaban al fenómeno de la opinión pública en los siglos precedentes. Para ella, dichos elementos se pueden resumir en su propia comprensión del fenómeno. La explicación que nos ofrece sobre la opinión pública sigue al relato de la toma de la Bastilla durante la revolución francesa:

[...] La opinión pública reside en las actitudes y los modos de comportamiento que reciben una fuerte adhesión en un lugar y una época determinados; que hay que demostrar para evitar el aislamiento social en cualquier medio de opiniones establecidas; y que, en un medio de

opiniones cambiantes o en una nueva área de tensiones emergente, se *pueden* expresar sin aislarse. (op, cit. p. 148)

Afirma que esta perspectiva quedó aislada de las teorizaciones en los siglos posteriores porque:

En los siglos XIX y XX han chocado repetidamente dos puntos de vista: el que subraya el comportamiento instintivo y considera al hombre determinado por los instintos gregarios, y el que supone que el hombre reacciona racionalmente ante la experiencia de la realidad, más en la línea de los ideales humanistas...Las escuelas de pensamiento que enfatizan la racionalidad del hombre consideran a la imitación como una estrategia eficaz de aprendizaje. Dado que prevalecieron claramente sobre las teorías del instinto, el tema de la imitación por miedo al asilamiento cayó en el olvido. (op, cit. p. 155).

Pero las teorías que prevalecieron en el XIX y el XX no presentaron a ningún individuo racional dentro de la masa, con capacidad y autonomía crítica. Más bien parece lo contrario.

Efectivamente, aunque Neumann insiste a lo largo de su trabajo en la idea de que la *imitación* y el *miedo al asilamiento* son nuestras dos únicas estrategias de aprendizaje, en la cita anterior ella deja la puerta abierta a otras estrategias, de modo que no son exclusivamente esas dos las opciones para incrementar nuestro bagaje de conocimientos.

De ser esas dos las únicas estrategias, las personas careceríamos de ninguna inventiva para crear nuevas ideas, incluso seríamos incapaces de decidir y ni siquiera podríamos acceder a otras ideas y comprensiones por lo que imitamos o por lo que desestimamos. Sin duda la cuestión es con diferencia mucho más compleja de lo que se nos presenta. Salvo en el primer periodo de nuestras vidas, lo que realmente nos permite *aprender* hasta el extremo de constituir el mismo fundamento de nuestra capacidad para decidir —qué imitamos, qué rehusamos— es precisamente nuestra propia *racionalidad*. Es más, la racionalidad —muy sintéticamente, la habilidad en el empleo de la lógica formal— y la imitación, poco más allá de llevarnos a aceptar alguna pauta o de rechazarla, no nos parecen condiciones apenas compatibles entre sí ni siquiera como presupuestos del aprendizaje, particularmente si se trata de un aprendizaje auténticamente racional.

Pero por si aun nos quedaran dudas sobre eso último, la misma Neumann nos ofrecerá hacia el final de su trabajo la siguiente definición de racionalidad:

[...]la adquisición consciente de conocimiento mediante la razón y la elaboración de juicios lógicos y racionalmente correctos a partir de ese conocimiento. La adquisición de conocimientos y la formación de juicios suponen el uso de transformaciones y deducciones lógicas. [...] La racionalidad aprehende así diferentes campos objetuales de los que se pueden derivar inferencias lógicas. El conocimiento de esos campos está configurado, pues, por la lógica, la causalidad y la consistencia. Los

productos del pensamiento lógico son convincentes razonables y comprensibles intersubjetivamente. (op, cit. p. 281)

A partir de este concepto que ella parece hacer suyo sobra cualquier añadido para aclarar la importancia de la racionalidad en el mismo proceso de aprendizaje al margen de la imitación y del miedo al aislamiento.

Lo cierto es que todas estas teorías sobre la psicología social y la psicología de masas aparecieron en el contexto decimonónico del romanticismo, una visceral reacción a las aparentemente decepcionantes consecuencias de la racionalidad ilustrada. El romanticismo prolongará su influencia intelectual hasta bien entrado el siglo XX. Bajo su influencia estuvieron Sheler, Le Bon, Spengler, Ortega, Shimel..., herederos todos ellos de la más genuina tradición romántica. Todas estas teorías sobre el comportamiento de los individuos en la masa lo que hacen es negar el carácter racional del hombre para reducirlo a un conjunto de emociones, pulsiones gregarias, primarias y destructivas. Son la misma negación de la «fe en la racionalidad ilustrada» a la que se acusó de estar en el origen de las violentas revoluciones que sacudieron el siglo XIX y los comienzos del XX, verdadero motivo para la aparición de todas estas concepciones claramente temerosas y precavidas frente a las movilizaciones sociales masivas y a sus intenciones políticas.

Lo sorprendente es que, no obstante su propia constatación en el éxito del segundo punto de vista sobre la racionalidad frente al del instinto, ella se adhiere al primero. Efectivamente, de una manera similar a como lo hacen Le Bon y su cohorte de acólitos, Neumann todavía sigue pensando que hay algo compulsivo en la masa ligado a las emociones primarias y atávicas.

Como ya adelantamos al comienzo, llega al extremo de creer en el mecanismo de sustitución de las opiniones como en un cierto instinto ancestral y puro que se hace manifiesto gracias a una cierta percepción cuasiestadística. Ella no lo acaba de ver simplemente como un efecto emergente resultado de una estrategia racional y adaptativa de supervivencia debida a la cooperación y la convivencia en sociedad, basada en la antropológica y utilitaria división del trabajo.

Por eso es que al referirse específicamente a las masas al final desarrolla un discurso que nos resultará sumamente familiar y perfectamente asimilable a todas aquellas visiones de la psicología social de las que, paradójicamente, ha acusado de estar en el origen de ‘la ocultación de su hipótesis sobre la espiral del silencio’:

La gente encuentra cualquier situación emocionante, y a menudo estimulante cuando forma parte de una multitud...

¿Procede esta sensación de pertenencia de factores filogenéticos, de un estado de seguridad y de fuerza debido a que el individuo se libera por unos instantes del miedo al aislamiento?....» (op. cit. p. 153).

[...] Estas masas nacen con el único objeto de alcanzar el clímax emocional que se produce al participar en una turba espontánea: la sensación de reciprocidad, la intensa excitación, la impaciencia, la sensación de fuerza y de poder irresistible, el orgullo, el permiso para ser intolerante, la pérdida del sentido de la realidad. A los miembros de de estos grupos nada les parece imposible; pueden creer cualquier cosa sin ponderaciones prolijas; les resulta fácil actuar sin responsabilidad y sin exigencias de constancia. (op. cit. p. 151).

A partir de aquí seguro que podemos entender mejor la afirmación que hace Neumann de que la atribución de racionalidad a la opinión pública por cualquiera solo puede suponerle el mismo desengaño que le supuso a Herza Park.

Como acabará por sentenciar el capítulo 24 titulado VOX POPULI, VOX DEI:

«No es la razón la que hace digna de ser tenida en cuenta a la opinión pública, sino precisamente todo lo contrario: el elemento irracional, el elemento de futuro, de destino.» (op. cit. p. 232).

Para concluir con las aportaciones de Neumann a la noción de «masa», nosotros entendemos muy oportuna y pertinente la diferenciación que realiza entre dos clases de masa:

Las masas abstractas, latentes, y las masas concretas, efectivas, siguen leyes diferentes. En el primer caso se componen de personas con miedo al aislamiento; en el segundo, carecen de ese temor. La sensación de reciprocidad es tan penetrante en la masa concreta, que los individuos ya no necesitan asegurarse de cómo tienen que hablar o actuar. En una unión tan densa son posibles incluso cambios dramáticos.» (op. cit. p. 152)

Esta sentencia aparece al final de un capítulo 12: LA TOMA DE LA BASTILLA: OPINIÓN PÚBLICA Y PISCOLOGÍA DE MASAS. El uso que hace Neumann al distinguir entre las masas abstractas y latentes frente a las masas concretas y efectivas es adecuado a sus intenciones. Las diferencia según se pueda experimentar el miedo al aislamiento o no en cada una. Deduce de su análisis previo que las masas concretas quedan liberadas de este freno por la misma proximidad que las une y que las identifica al punto de llegar a perderse la individualidad:

[...] Estas masas nacen con el único objeto de alcanzar el clímax emocional que se produce al participar en una turba espontánea: la sensación de reciprocidad, la intensa excitación, la impaciencia, la sensación de fuerza y de poder irresistible, el orgullo, el permiso para ser intolerante, la pérdida del sentido de la realidad. A los miembros de de estos grupos nada les parece imposible; pueden creer cualquier cosa sin ponderaciones prolijas; les resulta fácil actuar sin responsabilidad y sin exigencias de constancia. (op. cit. p. 151)



Esta descripción de las masas concretas aproxima a Neumann a las concepciones de Le Bon. Pero, como a la vez ya ha establecido una clara diferenciación entre esas masas concretas, donde se diluiría toda racionalidad, y aquellas masas abstractas, donde su racionalización por el miedo al asilamiento —entiéndase en el mismo sentido que le da From— se convierte en soporte de la opinión pública, nuevamente se vuelve distanciar de los presupuestos extremos de Le Bon sobre esas masas al relativizarlos. Lo cierto es que resulta difícil pensar que en las masas concretas no opera también el miedo al aislamiento y a la vez una cierta racionalidad colectiva; simplemente por sentido común: en tales circunstancias es menos probable que en otras la disensión por cualquiera de sus integrantes. Pero consideramos muy pertinente la tipología elemental que Neumann introduce en las masas al hablarnos de situaciones bien distintas que merecen ser tratadas de forma muy diferente, tal y como ella trata de hacerlo. La confusión procede precisamente del fácil recurso ideológico que encontraron los primeros teorizadores de las masas en la identificación y generalización de una conjetura peyorativa y prejuiciosa fabricada *ad hoc* para intentar frenar el transcurso de los acontecimientos: *las masas*, un sucio y andrajoso saco donde cabe todo.

### **Debilidad del psicologismo como fundamento teórico**

Partiremos de que no aceptamos que el mecanismo de adecuación de las opiniones a las mayoritarias sea nada fisiológicamente constitutivo de la 'naturaleza humana'. Antes que considerar al fenómeno de la espiral del silencio como una impronta en la conducta humana, nosotros preferimos pensar que sólo es un efecto emergente el cual se manifiesta a partir de la lógica de sus presupuestos. Es decir, que no se trata más que de una consecuencia de nuestra manera de entender la convivencia: la renuncia a manifestar nuestras propias opiniones y la aceptación de otras más comunes es tan sólo una de las tantas que realizamos a cambio de las infinitas ventajas que obtenemos de la vida en comunidad. Ese es, p. e., el origen de la normatividad y su coerción racional y voluntariamente aceptada. De una manera más general, ésta es también una gran parte de la explicación en la eficacia coercitiva de las instituciones sociales a la que se refiere Durkheim. Y ya mucho más sencillamente esta es también el origen de sentencias populares del castellano como «allí donde fueres, haz lo que vieres», así que no digamos si entonces de lo que se trata es simplemente de opinar como los demás y no en contra de ellos. La misma expresión «sentido común» (*common sense*) tiene justo el significado preciso para poder explicarnos tal y como lo estamos haciendo; es decir, se trata de lo que a la vista de cualquiera resulta evidente por tener el mismo significado para la mayoría de la gente precisamente porque así lo hemos convenido culturalmente y *a priori*. Un mero ejemplo más de nuestra voluntaria disposición a la convivencia. Pero el sentido común no siempre es racional, como lo demuestra el clima de opinión antisemita creado por la propaganda nazi.

Por eso no sólo es que no hablemos de un instinto, más bien parece que nos referimos a una mera racionalización de la conducta individual condicionada desde los orígenes por la estrategia adaptativa seguida en nuestra especie, a

lo largo del curso de su evolución, consistente en la práctica de la cooperación para mejorar nuestras opciones de supervivencia. No es más que una consecuencia de las ventajas derivadas de la división social del trabajo –de la misma especialización funcional dentro de la comunidad–. Efectivamente, la necesaria integración comunitaria impone ciertas limitaciones y renunciaciones individuales entre las que la propia opinión es de las más tolerables para cada uno.

A riesgo de parecer incoherentes, en cambio sí que aceptamos el hecho de que este proceso de adaptación evolutiva a la vida en comunidad haya podido condicionar nuestra psique de una manera definitiva y por eso traemos una cita de Erich Fromm en la que él incluye entre nuestras necesidades fisiológicamente condicionadas a la de evitar el asilamiento:

Las necesidades fisiológicamente condicionadas no constituyen la única parte de la naturaleza humana que posee carácter imperativo. Hay otra parte que es igualmente compulsiva, una parte que no se halla arraigada en los procesos corporales, pero sí en la esencia misma de la vida humana, en su forma y en su práctica: la necesidad de relacionarse con el mundo exterior, la necesidad de evitar el aislamiento. Sentirse completamente aislado y solitario conduce a la desintegración mental del mismo modo que la inanición conduce a la muerte. (From, 2008, p. 54)

Estamos biológicamente programados para la convivencia. La prueba más tónica que nos ofrece la psicología es la constatación reiterada por la evidencia de los autodestructivos brotes sicóticos que invariablemente experimentan todos los ermitaños como un síntoma de su locura de soledad. También Neumann cita a Csikszentmihalyi quién, a través del «método de muestreo de experiencias», demuestra que la soledad va unida a la depresión y el desaliento para la mayoría de las personas. (Neumann, 1995, p. 289)

Lo paradójico resultará entonces en el distanciamiento que Neumann realizó en su momento respecto de este Fromm, a pesar de lo conveniente que le hubiera resultado para su hipótesis psicociológica sobre las opiniones la consideración de esa necesidad biológica de evitar el asilamiento. (op. cit. p. 75).

Aunque esta necesidad de evitar el aislamiento sí parece en sí misma una impronta de la conducta marcada ancestralmente por la evolución y la adaptación selectiva, resulta que no tiene por qué ser la única causa directa del fenómeno de sustitución de las opiniones aunque tenga algo o mucho que ver en ello. Así lo reconoce finalmente la propia Neumann después de intentar sostener contra viento y marea lo contrario: “[...] El miedo al aislamiento público es solo uno de los múltiples factores que determinan el proceso de la opinión pública[...]” (op. cit. 1995, p. 272) De ser ella la causa exclusiva, no podríamos esperar que al final del proceso de sustitución de opiniones pudiera quedar ningún núcleo duro capaz de resistirse al curso de imposición de la opinión dominante (op. cit. p. 276). Lógicamente, tampoco podríamos apenas pensar en la posibilidad de que se generasen nuevas opiniones ni que estas



podrían renovarse porque la propia lógica del dominio de las opiniones mayoritarias excluiría “automáticamente” a las nuevas y minoritarias.

Con esto queremos reseñar que, efectivamente, el fenómeno de la espiral del silencio, con haber sido observado a través de muchas medidas empíricas, debe estar mediado por otras variables psicosociológicas distintas del *miedo al aislamiento*. Para Neumann este mismo miedo sería también el responsable de la existencia del sentido cuasiestadístico del que estaríamos dotados para poder estimar el clima de opinión. Pero una hipótesis alternativa mucho más verosímil es la de que las personas valoramos la prevalencia de las opiniones en función de cómo se proyectan desde los medios de comunicación de masas. Según esto, no existiría ninguna propia estimación del clima de opinión que pueda ir más allá de la atribución del peso relativo de las opiniones según su presencia en los medios de comunicación masas. Esto es lo que parece confirmar ella misma con su razonamiento, pero invertido:

[...]El proceso de la opinión pública no se ha opuesto ni una sola vez a la línea adoptada por los medios. El que un individuo sea consciente de que los medios apoyan su opinión es un factor importante que influye en la predisposición de esa persona a expresarse[...] (op. cit. 1995, p. 258)

De hecho, Habermas sitúa la aparición del público en el mismo momento en el que las comunicaciones y el invento de la imprenta hicieron posible la crítica literaria a partir de las primeras publicaciones, tanto periódicas (periódicos) como ocasionales (obras literarias y panfletos). Estos precursores de los medios de comunicación de masas estaban plagados de opiniones que fueron críticamente debatidas en las casas de café y los salones de la época (Habermas, 2011, pgs. 69-79). Es difícil imaginar unos medios mejores que la prensa y las demás publicaciones para la difusión de opiniones susceptibles de competir por ganarse el favor del público. Pero además es igualmente acertado y aceptado pensar que ese fue precisamente el fermento de la *racionalidad* ilustrada. Por eso, tras considerar al factor de los medios de comunicación como la más plausible fuente de estimación para las opiniones, entre las causas que apreciamos como alterativas y distintas al miedo al aislamiento no dudamos ni un momento en situar en un primer lugar a la *racionalidad*. Simplemente, una vez estimada la opinión que gana peso en los medios, una racionalidad no crítica, alicorta y acomodaticia es la primera que aconseja sumarse a la mayoría por imitación. Es la renuncia a la propia opinión para contribuir a la integración social.

Pero la racionalidad afortunadamente va mucho más allá de facilitarnos la adecuación a la opinión mayoritaria por imitación. Tomando en consideración el importante papel de la *racionalidad* durante el proceso de aprendizaje y su relevancia en el proceso de innovación de nuestras ideas frente al miedo al aislamiento y frente a la imitación, no tiene nada de particular que queramos otorgarle todo el protagonismo como causa de la opinión.

**Contraste entre la teoría psicosociológica ‘del miedo al asilamiento’ y la teoría de ‘la crítica racional al poder político’**

Neumann, acaba su obra desarrollando su discusión acerca de la racionalidad del ‘público’ de la opinión pública. Para ello comienza por reducir las cincuenta definiciones recogidas por Childs a dos conceptos:

1. La opinión pública como racionalidad que construye el proceso de formación de la opinión y de toma de decisiones en una democracia.
2. La opinión pública como control social. Su papel consiste en promover la integración social y garantizar que haya un nivel suficiente de consenso en el que puedan basarse las acciones y las decisiones.  
(Neumann. 1995, p. 258).

A su vez, atribuye estas dos concepciones a la distinción realizada por Robert Merton en *Social Theory and Social Structure* entre *funciones manifiestas* y *funciones latentes* (Merton, 1964, p. 92)

Según le parece a ella, la opinión pública como racionalidad es una *función manifiesta* porque es una consecuencia objetiva que contribuye al ajuste o adaptación del sistema *pretendida* y *reconocida* por los participantes del sistema. Reproduciendo una misma cita que ya empleamos con anterioridad, tras presentar a la racionalidad como:

[...]la adquisición consciente de conocimiento mediante la razón y la elaboración de juicios lógicos y racionalmente correctos a partir de ese conocimiento. La adquisición de conocimientos y la formación de juicios suponen el uso de transformaciones y deducciones lógicas. [...] La racionalidad aprehende así diferentes campos objetuales de los que se pueden derivar inferencias lógicas. El conocimiento de esos campos está configurado, pues, por la lógica, la causalidad y la consistencia. Los productos del pensamiento lógico son convincentes, razonables y comprensibles intersubjetivamente. (Neumann. 1995, p. 281)

Entonces inicia una larga exposición de citas de otros autores que, efectivamente, sirven para avalar la racionalidad de la opinión por la cuantiosa bibliografía que se le atribuye, comenzando por Hans Speier, para el que la relación entre ambos es directa. Pero a partir de ahí, las citas se acompañan de su actitud crítica y explícita hacia tal presupuesto.

Según ella la idea generalizada de que la opinión pública había aparecido durante el siglo XVIII en plena ilustración es la responsable de la creencia también generalizada en este presupuesto de su racionalidad. Como vimos en su idea de masa, se debe entender que, como ya ocurriera con otros sesgos del conocimiento humano tales como ‘la ocultación de la naturaleza psicosociológica de la opinión por la psicología de masas’, la atribución de racionalidad a la opinión no es más que un prejuicio de índole coyuntural debido al prestigioso papel que jugó la razón en el curso del proceso ilustrado.

Neumann trata de afianzar su criterio para negar la racionalidad a la opinión apuntando al uso instrumental que la teoría democrática ha hecho de la idea de la opinión pública como instancia de control político. Semejante idea nos debería llevar a la puesta en cuestión de toda la historia institucional que tan sintéticamente nos expone Habermas a partir de un sinfín de hechos bien contrastados. Pero, por supuesto, la comprensión de los hechos históricos ofrece determinadas evidencias que se nos revelan con total independencia de quién las exponga: la democracia como sistema político es una regularidad institucional cada más generalizada en las sociedades avanzadas desde hace ya muchas décadas y el papel del control popular del poder es su esencia y su sustancia.

Aunque las citas que le siguen son cada vez más críticas con este presupuesto de la racionalidad de la opinión tan pertinentemente argumentado y desarrollado por Habermas, Neumann en su intento por invalidarlo no puede evitar tropezar con Blumer, uno de los potenciales autores junto a Dewey de una cierta idea de público restringida a la conveniencia de Hunt y Grüning y su teoría y práctica de las RR. PP. Herbert Blumer fue un destacado sociólogo del siglo XX reconocido mundialmente por su contribución a la sociología mediante su teoría sobre el interaccionismo simbólico. Aunque la propia Neumann y otros autores encontraron en las encuestas un buen motivo para considerar a la opinión asilada de sus causas racionales, al final se vio obligada a aceptar la oportuna crítica de Blumer a las encuestas como mero procedimiento; nunca como el objeto de estudio, sino sólo como simple contribución al objeto estudiado.

La propia Neuman entonces acepta explícitamente el eficiente resultado de su trabajo al construir un concepto de opinión pública racional con la función manifiesta de informar a los políticos de la democracia sobre las actitudes de los grupos funcionales dentro de la organización social. (op. cit. 1995, p. 285). Blumer precisa que la opinión, tal y como piensa Habermas, es en realidad la consecuencia de un *público ilustrado y racionante* con una competencia específica para ejercer la crítica al poder político desde las organizaciones políticas de representación de intereses. Por eso Neumann esperará hasta el final de su explicación para hacer valer contra Blumer el argumento de que las medidas demoscópicas de la opinión pública no segregan a ningún público por su competencia racional específica. Por lo general, toman a la totalidad de la población en la representación de la muestra para llevar a cabo la medida. Pero se da la circunstancia se que ésta es precisamente una buena prueba de que la opinión pública, aun partiendo de un público tan amplio y heterogéneo en su base social, puede tener la racionalidad suficiente para ejercer la función crítica de control del poder político directa o indirectamente. Sólo es cuestión de tiempo y de la competencia que le confieran al conjunto de la población su avanzada instrucción pública y la actualidad correctamente mediada por las modernas y eficientes TIC.

Paradójicamente, Neumann sostiene que las teorías de la *elección racional* en el campo de la ciencia política y la fascinación creciente por los procesos cognitivos entre los psicólogos suponen a finales del siglo XX el

atrincheramiento de las teorías sobre la racionalidad de la opinión pública. A modo de ejemplo, realiza una desconcertante cita de James Beniger en la que, después de reclamar una comunicación con componentes afectivos, este revela contradictoriamente que la información creíble puede crear un impacto más duradero en la opinión pública que las apelaciones persuasivas. (op. cit. 1995, p. 286). Esto es, como si la racionalidad a la opinión no fuera precisamente lo que le permite optar y resolver entre los hechos y las meras sugerencias emocionales.

Hasta aquí, Neumann ha planteado su crítica a la racionalidad como *función manifiesta* de la opinión pública. Pero, alternativamente, ella considera al control social asociado al miedo al asilamiento y ejercido por el mecanismo de sustitución de las opiniones por las mayoritarias como una *función latente*, es decir, como una función que, según las categorías de Merton, *no es pretendida ni reconocida*.

Entonces expone su consideración sobre la opinión pública como contrapoder imposible de neutralizar contra el que ningún poder político puede ejercitarse. Cita a Locke, a Aristóteles, a Hume, a Ciceron, quienes, efectivamente, ven en la opinión pública un exagerado poder mítico y desproporcionado contra el que nada puede hacerse. Por consiguiente, para Neumann el 'omnipotente control social' nada tiene que ver con el bienintencionado juicio racional:

El poder de una opinión pública racionalmente configurada se basa en la idea de un ciudadano informado y capaz de formular argumentos razonables y juicios correctos. Este juicio se centra en la vida política y en las controversias políticas. La mayor parte de los autores que emplean este concepto reconocen que sólo un pequeño grupo de ciudadanos informados e interesados participa realmente en esas discusiones y juicios. (op. cit. 1995, p. 286)

A la vista está. Esta premisa ha sido indiscutible hasta el momento. Pero en gran parte en eso es en lo que consiste la novedad del planteamiento con el que pretendemos alterar tales ideas sobre unas perdurables y consolidadas democracias controladas por elites competentes racionalmente. Dadas las características y limitaciones del desarrollo social y humano de cada momento, estas formas políticas han tenido, y todavía tienen, una perfecta adecuación a las etapas históricas en las que se han instituido. Pero la evolución de las formas políticas es un hecho histórico perfectamente demostrado a partir de los cambios y transformaciones operados en la sociedad y la economía por los avances en las diferentes técnicas asociadas al progreso humano de todas las épocas. Tales cambios tecnológicos no dejan de producirse constantemente, y lo hacen a un ritmo cada vez más acelerado, así que ya es un tópico decir que la labor del investigador social debe ser la de desentrañar los consecuentes cambios en el orden social, político y económico en la medida de sus posibilidades.

Neumann continúa exponiendo los argumentos a favor de la opinión pública tomada como control social. Hace valer el hecho de que afecta a todos los

miembros de la sociedad por igual y afirma que el concepto de la opinión pública como control social no tiene en cuenta la calidad de los argumentos. Para ella se trata de un mecanismo de fuerza e imposición en el que gana el bando que logra amenazar al contrario con el aislamiento, el rechazo y el ostracismo:

Muchos escritores se han dado cuenta intuitivamente de que la victoria o la derrota en el proceso de la opinión pública no depende de lo que esté bien o mal. Por ello, la desaprobación con la que se castiga la conducta desviada no tiene,[...] un carácter racional como la desaprobación de una «conclusión lógicamente incorrecta, un error en la resolución de un problema aritmético o una obra de arte fallida». Más bien se expresa como la «reacción práctica de la comunidad, consciente o inconsciente, ante la lesión de sus intereses, una defensa para la propia protección»[...] En otras palabras, es una cuestión de cohesión y consenso de valores en la sociedad. Esto solo puede basarse en valores morales — bueno o malo— o en valores estéticos —bello o feo—, ya que sólo éstos tienen el componente emocional capaz de poner en marcha la amenaza de aislamiento y el miedo al aislamiento. (op. cit. 1995, p. 288) .

Es cierto que los estereotipos culturales, las convenciones y también algo a lo que llamamos sentido común son todos muy capaces de contraponerse a los procesos racionales porque no todo el mundo ha sido —y todavía no lo es— competente para resolver las controversias empleando la lógica, la deducción y la inferencia. Desgraciadamente y por su misma definición, hasta nos resulta muy difícil discutir que las cuestiones morales y estéticas no tengan que ver tanto con la racionalidad, pero sí con las emociones. Ahora bien, de ahí a sostener que un juicio equivocado en su racionalidad sea mayoritariamente compartido por el miedo al aislamiento hay toda una enorme distancia.

En realidad nos encontramos ante la distinción que realizó Platón entre *doxa* o convención y *episteme* o conocimiento cierto. Definitivamente la opinión tomada como convención no siempre es, ni ha sido, racional. Muchas veces es puro hábito o costumbre. Aunque no siempre se realice de esa manera, justo puede ser el resultado de la imitación. Por eso fue el empeño de muchos autores en mantenerla alejada del poder político hasta la modernidad. Pero no podemos hacer de esa actitud gregaria, presente en diferente grado dentro de toda cultura humana, una situación absolutamente generalizada en cualquier tiempo y lugar. Eso equivale a negar toda la historia del progreso humano. Y mucho menos podemos suponer que esa comunidad de actitudes, juicios y prejuicios se deba exclusivamente al miedo al aislamiento. Como ya dijimos, en realidad no tiene por qué ser otra cosa más que una cómoda conveniencia apenas racional de las personas que facilita su integración y la convivencia. Un mero efecto emergente por agregación.

Neumann no da por concluida la discusión y procede a la comparación de los dos conceptos. Repite los argumentos de la limitación del objeto y el sujeto en la opinión pública tomada como proceso racional dentro de la sociedad democrática y propone alternativamente a la opinión pública como control



social justo porque no presenta esas limitaciones. Añade que, al contrario de lo que ocurre con el concepto de la teoría democrática acotada a la racionalidad de ciertas elites políticas, el proceso de la opinión pública considerado como control social puede ser observado por las encuestas de opinión representativas de toda la población, pero, según ella, ampliando las preguntas a aquellas que sean reveladoras del clima de opinión. El clima de opinión debe ser así entendido como la valoración de cuales son las opiniones que tienden a prevalecer y cuales a ceder frente a ellas.

Pero más allá de esto, Neumann se muestra desconcertada por el escaso éxito que presenta el concepto de la opinión pública como 'control social' ante la teoría del 'proceso racional' de la opinión pública. Para poder explicarlo empieza por plantearse las limitaciones que presenta su teoría del control social para vincularse a otras teorías reconociendo la ventaja de la teoría de la racionalidad de la opinión pública en ese campo. Entonces recurre a la enumeración de cuatro criterios con los que convencionalmente la filosofía de la ciencia es capaz de comprobar la calidad de conceptos rivales:

1. Aplicación empírica.
2. ¿Qué hechos quedan explicados por el concepto? ¿Qué potencial de clarificación tiene éste?
3. Grado de complejidad, es decir, magnitud de los ámbitos incluidos, o número de variables incluidas.
4. Compatibilidad con otras teorías.

(op. cit. 1995, p. 291)

Procede en su intento por demostrar que el concepto de opinión pública como control social cumple precisamente con los tres primeros mejor que la teoría del proceso racional de la opinión pública.

En primer lugar, ella afirma que puede comprobarse empíricamente porque permite predecir comportamientos individuales y también sobre la distribución de las opiniones en la sociedad. Pero nosotros ya hayamos razonado que muy presumiblemente el proceso debe estar mediado por otras variables distintas del miedo al asilamiento y que el clima de opinión, en lugar de ser evaluado instintivamente, parece estar más directamente condicionado, p.e., por la presencia relativa de cada opinión en unos medios cuya influencia es absolutamente imposible de suprimir en las condiciones reales de cualquier medida.

En segundo lugar, afirma que el control social tiene poder explicativo porque la teoría de la espiral del silencio produce futuribles, o sea, que relaciona los fenómenos observados con otros fenómenos, afirmando y probando que existen unas determinadas reglas sociales. Efectivamente, es innegable que existe una relación bien comprobada entre las actitudes frente a las opiniones, la disposición a manifestarlas y los cambios previsibles en ellas. Pero queda por demostrar que la causa de tales cambios consista en algún oscuro mecanismo de temor hacia los demás y no en simple empatía, o en una disposición apenas racionalizada hacia la convivencia. Tampoco es del todo



exacto presumir la existencia de un cierto instinto humano cuasiestadístico y evaluador del peso de las opiniones para el conjunto de la sociedad. Insistimos en que es mucho más verosímil atribuir esta evaluación al efecto directo de su exposición variable en los medios de comunicación para que los individuos puedan estimar sesgadamente la extensión social de las opiniones. Así pues, nosotros entendemos que, como la verificación empírica es solo de una parte de la teoría de la espiral del silencio, la capacidad explicativa de su teoría es bastante más limitada de la que nos presenta Neumann.

Pero es que ella además niega la capacidad explicativa de la teoría rival por su ineficacia para dar cuenta de algunos de algunos fenómenos explicados por la teoría de la espiral del silencio. Dada su casuística, no nos detendremos a analizar los primeros. En cambio si nos ocuparemos del último de los casos que ella presenta ya que no tiene nada que ver con los fenómenos de la opinión que ha podido verificar y explicar empíricamente. Afirma que la teoría de la racionalidad de la opinión pública no puede explicar que muchas veces las opiniones racionales acuñadas por expertos se queden asiladas frente al conjunto de la sociedad con independencia de su calidad racional.

La verdad es que éste argumento puesto en el desarrollo de nuestra explicación se cae por sí solo dado el carácter de proceso permanente y constante que atribuimos a la formación de la Opinión Pública como institución. Nuestra convicción compartida con otros autores en que la opinión racional ha tenido casi hasta la fecha un ámbito limitado que en ocasiones impide su efectividad frente a la convención y el prejuicio social hunde sus raíces históricas en los mismos orígenes de la opinión. A estas alturas sobran más explicaciones de porqué esto ha sido y, en parte, todavía puede ser así, aunque tienda a relativizarse y a subsanarse por efecto del progreso social. Lo cierto es que la baja frecuencia en la ocurrencia de estos casos de aislamiento social de la racionalidad no puede invalidar la explicación de toda una regularidad institucional, que se reproduce de manera recurrente en un elevado número de países con ligeras variantes en su organización, consistente en un poder político democrático avalado por la opinión pública. Tal y como reconoce la misma Neumann, en esa misma explicación se integra con total naturalidad la teoría de la opinión pública racional, mientras que la teoría del control social apenas si tiene cabida.

A pesar de sus dificultades de encaje en otras teorías con objetos de conocimiento complementarios, para Neumann el tercer requisito, la magnitud de los ámbitos incluidos, es mayor en la teoría del control social porque su objeto no se limita a la política y porque, además, conecta el nivel individual con el social.

Como ya dijimos, a ella solo le resta por explicar porqué entonces la mayoría de las investigaciones demoscópicas que nos presenta para demostrar su teoría son precisamente de índole político o relacionados directamente con las necesidades públicas, del gobierno o de la administración. Tampoco es que en la actualidad la iniciativa privada haya renunciado a realizar sus estudios de mercado a partir de sondeos sobre gustos y tendencias en el consumo de

bienes y servicios. Pero el sentido común nos dice que los sondeos de Opinión Pública propiamente dichos siguen reservados para su realización por organismos oficiales que ofrecen el resultado de su trabajo al gobierno, a la administración y al misma Opinión Pública a través de los medios de información. De nada sirve ampliar el objeto de estudio si este queda claramente fuera de los límites reales del fenómeno que queremos explicar y conocer, esto es: la Opinión Pública.

Por otro lado, resulta bastante difícil de negar que la teoría del proceso racional de la opinión pública tenga unas claras implicaciones sociales cuando en todos los casos —Tarde, Dewey, Blumer, Habermas— las dinámicas sociales han quedado perfectamente reflejadas en el nivel de la representación de las organizaciones o asociaciones de interés. En cambio la conexión individual a la que se refiere Neumann con la teoría del control social no es más que una entelequia estadística sin mayores efectos prácticos para los individuos que el de revelar la previsible evolución de su comportamiento por agregación. Apenas no hace alguna contribución a la solución del verdadero problema de índole práctico: la articulación del poder político.

En realidad, una particularidad que presenta el uso de estos cuatro criterios para la evaluación de la calidad de los conceptos es que los criterios están relacionados y coimplicados entre sí. Cuanto mejor sea el encaje de una teoría con otras que tengan un objeto de conocimiento distinto y complementario, mucho más amplia resultará la magnitud de los ámbitos incluidos y la capacidad explicativa de todas ellas juntas. También resultará mejor la contribución de cada una para el fundamento de las demás, tal y como ocurre con las 'teorías políticas democráticas y la del proceso racional de la opinión pública', lo que efectivamente deja en una clara desventaja a la teoría del control social.

Antes de acabar su obra, Neumann reconoce que ambas teorías no son excluyentes y que, por consiguiente, la teoría del 'proceso racional de la opinión pública' a su juicio tan sólo está necesitada de demostración empírica a pesar de su absoluta evidencia institucional y casi generalizada. Pero a la postre, todo su esfuerzo argumentativo persigue una finalidad explícita: la de destronar a esta teoría de su consideración como *función manifiesta* y relevarla por la teoría del control social. Para ello no menos que plantea como mera apariencia al proceso público de deliberación racional de las decisiones y como una función real a la función latente, o sea, a la idea de que la opinión pública ejerce una presión hacia la conformidad del individuo y nunca al revés. Esto puede llevar a pensar que cuando Neumann busca con tanto empeño la aquiescencia de los 'intelectuales' (op. cit. 1995, pp. 88, 293), más que respeto, consideración o deferencia lo que existe en realidad es algo de prejuicio, de justificado temor y un tanto de rechazo hacia 'ellos'.

## Conclusiones

A resultas de la larga discusión y del contraste al que somete la propia Neumann a su teoría psicosociológica del 'miedo al asilamiento', nosotros

convenimos en considerarla como una hipótesis fallida cuya eficacia explicativa muy bien puede deberse a otras causas y variables ignoradas por ella. Estas causas estarían operando directamente sobre los efectos medidos. Particularmente consideramos a los medios de comunicación de masas como verdaderos responsables de la adecuación de las opiniones a las mayoritarias para facilitar la convivencia. Pero consideramos como causa principal a la racionalidad.

En la conformación de las opiniones, lejos de apoyarse en un mecanismo coactivo que opera sobre la conciencia de los individuos, entendemos que lo ocurre en realidad es que en semejante proceso la racionalidad desempeña un importante papel en la acomodación de las opiniones unas a las otras, con independencia de que estas no siempre sean o hayan sido racionales.

De este modo, el que la racionalidad acabe por extenderse a todas las partes del cuerpo social dependerá del grado de desarrollo de las instituciones –las propias instituciones democráticas representativas y participativas, los medios de comunicación de masas, el sistema educativo, la cultura, el desarrollo de las tecnologías de la información...– . En tal sentido es solo cuestión de tiempo que las encuestas lleguen a reflejar el verdadero estado de las opiniones a partir de su racionalidad una vez que esta deje de ser el patrimonio de elites ilustradas como lo ha sido en etapas anteriores de la reciente historia humana.

## 2. Referencias bibliográficas

Neumann, N. (1995). *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra segunda piel social*. Barcelona: Paidós.

Habermas, J. (2011). *Historia y Crítica de la opinión pública*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili S.L.

Fromm, E. (2008). *EL miedo a la libertad*. Barcelona: Paidós.

King Merton, R. (1964). *Teoría y estructura sociales*. Méjico D.F: Fondo de cultura económica.

Hernández, C. (2012) *La imbricación masa y público: concepto para comprender la transformación estructural de la Opinión Pública*. En C. Mateos Martín, C. Hernández, j. Herrero, S. Toledano Buendía, A. Ardébol Abreu, *Actas del IV Congreso Internacional Latina de Comunicación Social*. Nº 179. La Laguna: SLCS [http://www.revistalatinacs.org/12SLCS/2012\\_actas.html](http://www.revistalatinacs.org/12SLCS/2012_actas.html)